lo menos con más tranquilidad moral, los males comunes, y se confundieron nuestras lágrsmas.

III

Partimos de Brest sin que nos precediera ninguna carta.

Cuando nos aproximamos á la Varenne, echamos pié á tierra, y enviando la silla de postas por el camino más largo, tomamos un sendero por entre los bosques. Cuando ví los árboles del parque levantar sus cabezas venerables por encima de los montes bajos, como una falanje de druidas en medio de una multitud prosternada, mi corazón latió con tanta fuerza que me ví precisado á pararme,

—¿Qué hacéis? me dijo Marcasse volviéndose con aire casi severo y como reconveniéndome por mi debilidad; pero un instante después ví su filosofía igualmente comprometida por una emoción inesperada. Un leve gañido lastimero y el roce de una cola de vulpeja en sus piernas le hicieron extremecerse y lanzó un grito al reconocer á Tejón. El pobre animal había olido á su amo desde lejos y corrió con la agilidad de su primera juventud para revolcarse á nuestros pies. Creimos por un momento que se iba á morir, porque se quedó inmóvil y como crispado bajo la mano acariciadora de Marcasse; despues, le-

vantándose de pronto como asaltadode una idea digna de un hombre, echó á correr con la rapidez del relámpago dirigiéndose hácia la cabaña de Paciencia.

—¡Sí! va á avisar á mi amigo; ¡qué perro tan leal y tan bueno!—exclamó Marcasse,—más amigo que tú no lo sería ningún hombre.

Volvióse hacia mí, y observé dos gruesas lágrimas rodar por las mejillas del impasible hidalgo.

Redoblamos el paso hasta la cabaña, en la cual se habían hecho notables mejoras; un lindo jardín rústico, cerrado por un seto vivo apoyado en algunos trozos de piedra, se extendía al rededor de la casita llegamos, no ya por el sendero pedragoso, sino por una hermosa alameda, á cuyos dos lados se veían multitud de legumbres en líneas regulares como un ejército en orden de marcha. Un batallón de coles componía la vanguardia; las zanahorias y demás hortaliza para ensalada formaban el cuerpo principal y á lo largo del vallado la modesta acedera cerraba el cortejo.

Lindos manzanos, ya fuertes, inclinaban sobre estas plantas su quitasol de verdura; y la variedad de perales, y los alfombrados cuadros de tomillos y de sálvia, que besaban el pié de los tornasoles y alelíes, revelaban las ideas de órden social y los hábitos de lujo á que había vuelto Paciencia.

Este cambio era tan notable que creí no hallarle en esta habitación. Una inquietud mucho más grave

principiaba á atormentarme: inquietud que pronto se convirtió casi en certidumbre cuando ví á dos jóvenes de la aldea cortando las espalderas. Nuestra travesía había durado más de cuatro meses, y ya hacía más de seis que no oiamos hablar del solitario.

Pero Marcasse no tenía ningún temor, Tejon le había dicho que Paciencia vivia, y las huellas del perro recientemente estampadas en la arena de la alameda marcaban la dirección que había tomado. Sin embargo temía yo tanto ver turbado el júbilo de aquel día, que no me atreví á hacer ninguna pregunta á los jardineros de Paciencia, y seguí en silencio al hidalgo, cuyas miradas se paseaban por aquel nuevo Eden y cuya boca discreta no dejaba escapar más que la palabra *cambio* muchas veces repetida.

En fin no pude dominar mi impaciencia: la alameda era interminable, aunque muy corta en realidad, y eché á correr con el corazón palpitando de emoción; Edmunda, decía interiormente, tal vez estará allí!

No estaba sin embargo, y solo oí la voz de solitario que decía: ¿Qué es esto? ¿Se ha vuelto loco este pobre animal? Parece que rabia. ¡Abajo Tejón! ¡no atormentarias á tu amo de este modo, no! Esto es ya molestar á las gentes.

—Tejón no rabia, dije al entrar: ¿os habeis vuelto sordo á la aproximación de un amigo, maestro Paciencia?

El solitario dejó caer sobre su mesa un montón de

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA U. A. N. L.

dinero que parecia iba á contar, y vino hácia mi con su antigua cordialidad. Yo le abracé, y quedó sorprendido y gozoso tambien con mi alegría; despues, mirándome de los pies á la cabeza, se admiró del cambio operado en mi persona. y á este tiempo apareció Marcasse en el umbral de la puerta.

Entonces Paciencia con una expresión sublime, exclamó levantando sus manos al cielo, y repitiendo aquellas palabras del cantar de los cantares: «Ahora puedo morir porque mis ojos han visto al que yo esperaba.» El hidalgo nada dijo, levantó el sombrero como de costumbre, y sentándose en una silla, se quedó pálido y cerró los ojos. Tejón saltó sobre sus rodillas manifestando su ternura con algunos esfuerzos para ladrar que se convertian en estornudos multiplicados (ya sabeis que era *mudo de nacimiento*.) Todo trémulo de vejez y de alegría alargó su nariz puntiaguda hácia la afilada nariz de su amo; pero este no le contestó como solía: «Abajo, Tejon!»

Marcasse estaba desmayado...

Aquel alma apasionada, que sabía más que Tejon manifestarse por medio de la palabra, sucumbía bajo el peso de su felicidad.

Paciencia corrió á traerle un gran vaso de vino del país, de dos años, es decir del más añejo y mejor posible, y le hizo tragar algunas gotas que le reanimaron. Cuando volvió en si escusó su debilidad atribuyéndola al cansancio y al calor: no quiso ó no supo

atribuirla á su verdadero motivo. Hay almas que se apagan despues de haber ardido por todo lo que hay de hermoso y grande en el órden moral, sin haber hallado el medio y hasta sin haber conocido la necesidad de manifestarse á los demás.

Cuando se calmaron los primeros trasportes de alegría, Paciencia, que estaba tan espansivo como taciturno su amigo, me dijo:

—Ea, mi querido oficial, veo que no teneis muchas ganas de permanecer aquí mucho tiempo. Vámonos, pues, sin demora á donde teneis prisa por llegar. ¡Qué agradable sorpresa y qué gozo va á causar vuestro inesperado regreso!

Penetramos en el parque, y al atravesarlo nos explicó Paciencia el cambio sufrido en su habitacion y en su vida.—Por lo que hace á mí, nos dijo, ya veis que no he variado. Me hallais como me dejasteis, y mi sistema de vida higiénico es el mismo, pues aunque acabo de serviros vino, no he cesado de beber agua. Pero tengo dinero y tierras y trabajadores. Y todo esto lo tengo como vais á ver, á pesar mio. Hace cerca de tres años que la señorita Edmunda me habló de las dificultades que se le presentaban para hacer las obras de caridad de una manera útil y conveniente. El abate era tan inhábil para esto como ella. Todos los dias les engañaban sacándoles dinero para darle mal uso, mientras que los jornaleros honrados y laboriosos carecian de todo, sin que el abate ni

Edmunda pudieran saberlo. Esta temía humillarlos, si iba ella misma á indagar sus necesidades, y cuando algunos pícaros se dirigían á ella, prefería dejarse engañar á equivocarse con detrimento de la caridad. De esta manera gastaba mucho dinero y hacia poco bien.

Entonces la hice comprender que el dinero era la cosa menos necesaria á los indigentes; que lo que hacía á los hombres verdaderamente desgraciados, no era el no poder vestirse mejor que los demás, ir á la taberna los domingos, ostentar en la misa mayor una media muy blanca con una liga encarnada sobre la rodilla y no poder decir: mi jumento, mi vaca, mi viña, mi granero, etc., sino el tener el *cuerpo débil y sufrir los rigores de la estación*, no poder preservarse del frio, del calor, de las enfermedades, *de la sed y del hambre*. Díjele, pues, que no juzgase por mí de la fuerza y salud de los campesinos, sino que fuera á informarse por sí misma de sus enfermedades y de lo que les faltaba para los usos más indispensables de la vida; les gustan las galas, gasta lo poco que ganan en parecer bien, y carecen de previsión para privarse de un pequeño placer y reservar un recurso contra las grandes necesidades. En fin, no saben manejar el dinero, os dicen que tienen deudas; y si es verdad que las tienen no lo es que emplean en pagarlas el dinero que les dais. No piensan en el día de mañana, pagan el interés tan alto como se les

pide y compran con vuestro dinero un cañamar ó un ajuar, á fin de que los vecinos se admiren y les tengan envidia. Entre tanto las deudas se aumentan cada año y por fin de cuenta tienen que vender cañamar y ajuar, porque el acreedor que es siempre uno de ellos mismos, quiere su reintegro ó tales intereses que les es imposible pagar. De esta suerte se empobrecen y llegan á viejos, y como no pueden trabajar, se ven abandonados por sus hijos que, como han sido mal educados, tienen las mismas pasiones y la misma vanidad que sus padres. Entonces no queda á estos más recurso que coger una alforja é ir pidiendo de puerta en puerta un pedazo de pan para su sustento, porque están habituados al pan y no podrían, sin morirse, comer raices como el hechicero Paciencia, escoria de la naturaleza, á quien todo el mundo ódia y desprecia, porque no se ha hecho mendigo.

—Por lo demás, el mendigo es menos desgraciado que el jornalero. Como no tiene vanidad, no sufre. Las gentes del pais son buenas; y á ningún pordiosero le falta una cama ni una cena, que siempre alcanza de la caridad pública en sus escur iones; los labradores le cargan la espalda de mendrugos en tanta cantidad, que tiene para criar aves y cerdos en la mezquina covacha donde deja á un muchacho ó á una parienta vieja para cuidar el ganado. Aqui viene todas las semanas á pasar dos ó tres días para no hacer

nada y contar las piezas de dos sueldos que ha recibido, dinero que frecuentemente le sirve para satisfacer necesidades superfluas que la ociosidad engendra.

Un colono fuma raras veces; muchos mendigos no pueden pasarse sin tabaco y lo piden con más avidez que el pan. Resulta, pues, que no debemos lamentarnos tanto de la suerte del mendigo como de la del trabajador, pues cuando no ladrón y asesino, es por lo menos corrompido y de relajadas costumbres, y de todos modos perjudicial á la sociedad.

Mirad, pues, lo que debía hacerse, y cuenta que el abate me ha dicho que esta es tambien la opinión de vuestros filósofos. Sería menester que los que dan, como vos, muchas limosnas particulares, las hicieran, no ateniéndose al capricho del que pide, sino después de haberse informado de sus verdaderas necesidades. Edmunda me hizo la objección de que la sería imposible hacer esta averiguación de que tendría que emplear todo su tiempo en ella y abandonar á su padre, ya anciano, y que no puede leer ni hacer nada sin los ojos y la cabeza de su querida Edmunda.

El abate necesitaba emplear demasiadas horas en el estudio de sus libros favoritos, para que le quedara una sola para otra cualquiera ocupación.—Hé aquí para lo que sirve la hermosa ciencia de la virtud, le dije, para que nos olvidemos de ser virtuosos.—Tienes mucha razon replicó Edmunda; pero ¿qué he de

hacer?—Prometo pensar en ello, la dije, y hé aquí lo que discurrí. En vez de pasearme, como tenía de costumbre, por el bosque, hice mis escursiones á la llanura. Esto me costó mucho trabajo; pues me gusta la soledad, y hacía ya muchos años que huía por todas partes de la compañía del hombre: pero en fin era un deber y lo cumplí. Me aproximé á las casas; primero me informé asomándome por los vallados y después por el interior de las habitaciones, y á modo de conversación, de lo que deseaba saber.

Al principio me recibían como á un perro perdido en tiempo de sequía y ví, con un pesar que me fué muy costoso ocultar, el odio y la desconfianza en todos los semblantes. Yo no había querido vivir con los hombres, pero les amaba; les consideraba más desgraciados que criminales; había pasado todo mi tiempo en condolerme de sus males é indignarme contra los que se les causaban, y cuando por primera vez entreví la posibilidad de hacer bien á algunos, estos cerraban al punto sus puertas desde que me distinguían á lo lejos y sus hijos, inocentes criaturas á quienes amo tanto, se ocultaban en los fosos para no padecer las enfermedades que, según se decía, causaba yo con mis miradas.

Sin embargo, como todos sabían la amistad que Edmunda me profesaba, no se atrevían á rechazarme abiértamente, al fin puede lograr saber lo que nos interesaba, y Edmunda remedió cuantos males le dí

á conocer. En una parte hallamos una casa toda llena de goteras y rendijas, y mientras se veía á una joven con delantal de seda, el agua caía sobre la cama de su abuela y sobre la cuna de sus hermanitos; mandamos reparar los techos y las paredes, dimos los materiales y pagamos á los operarios pero no dimos ni un óbolo para delantales primorosos. En otro lado una anciana estaba reducida á mendigar, porque no había escuchado más que á su corazón dando sus bienes á sus hijos, que ó la echaron de la casa, ó hicieron su vida tan amarga en ella, que prefería vagamundear. Nos constituimos en abogados de la vieja, con amenaza de elevar, á nuestra costa, este asunto á conocimiento de los tribunales, y obtuvimos para ella una pensión que aumentábamos con nuestros socorros, cuando no era bastante á cubrir sus necesidades. De muchos ancianos que se hallaban en la misma posición conseguimos que se asociaran y se pusieran á pensión en la casa de uno de ellos mismos á quien dimos un pequeño fondo, y el cual, á á fuerza de industria y orden, llegó á hacer buenas especulaciones, en términos que muchos de sus hijos, que les habían abandonado por pobres, vinieron á pedirles perdón y á ayudarles en su establecimiento. Otras muchas cosas hicimos además cuya enumeración sería demasiado prolija é inútil, puesto que ya las vereis. Digo *nosotros*, porque, poco á poco, aunque no quería mezclarme en hacer más de lo que había hecho, fuí impelido y forzado á

hacer mucho más, á mezclarme en muchas cosas, y finalmente, en todo.

En una palabra, yo soy quien toma los informes, quien dirije los trabajos y quien hace las negociaciones. La señorita Edmunda ha querido que tuviera dinero en mi poder, y hasta que dispusiera de él sin consultarla de antemano, pero esto fué lo que jamás me permití; pero tampoco ella me contradijo ni una sola vez en mis ideas. Como podeis suponer, todo esto me ha acarreado mucho trabajo y no pocos disgustos.

Desde que los habitantes saben que soy un pequeño *Turgot*, se han echado en medio del surco para no trabajar, y esta indolencia me llena de pesar. Tengo amigos que no me engríen, y enemigos de quienes no hago caso. Los *falsos menesterosos* me odian porque no pueden engañarme; hay indiscretos y gentes sin virtud que creen que se hace siempre demasiado por los demás, y jamás bastante por ellos.

En medio de este ruido y de estas habladurías yo no me paseo ya por las noches, ni duermo de día: soy M. Paciencia y no el hechicero ni el solitario de la torre de Gazeau; pero creedme, hubiera querido nacer egoista y daría cualquier cosa por volver á mi vida salvaje y á mi libertad.

Después que Paciencia acabó de hablar, le felicitamos por todo, pero sin hacerle la menor objeción contra su supuesta abnegación personal: aquel magnífico jardín manifestaba una transación con las *necesidades supérfluas*, cuyo uso había criticado y deplorado toda su vida en los demás.—Esto, dijo alargando el brazo por el lado de su cercado, no me pertenece; lo han hecho contra mi voluntad, pero como eran unas gentes honradas y mi negativa las afligía me he visto precisado á consentirlo, pues debeis saber que aunque he protegido á muchos ingratos, también lo he hecho á algunos agradecidos.

Dos ó tres familias á quienes he hecho favores han buscado todos los medios posibles de proporcionarme distracciones y alegría, y como yo lo rehusaba todo, resolvieron sorprenderme. Una vez fuí á pasar muchos días en la Barthenoux para un asunto de confianza que me habían encomendado, pues han llegado á suponerme todos un talento extraordinario, natural condición del vulgo que pasa frecuentemente de un extremo á otro. Cuando volví hallé este jardín plantado y cercado como el habeis visto Por más que me mostré enojado, por más que no dije que quería trabajar, que era demasiado viejo y que el placer de comer algunas frutas más, no merecía la pena de emplear mi tiempo en cuidar el jardín, no me hicieron caso y lo acabaron, declarándome que nada tendría que hacer porque ellas se encargaban de cultivarlo por mí. En efecto; en el transcurso de dos años no han dejado de venir esas honradas gentes, unas veces unos, y otras veces otros, á pasar en cada estación el tiempo necesario para su perfecta conservación. Por

lo demás, aunque nada haya cambiado en mi modo de vivir, me ha sido útil el producto de este jardin; he podido alimentar durante el invierno á muchos pobres con mis legumbres; las frutas me servian para captarme la amistad de los niños que gritan: no ya *al lobo* cuando me ven, y hasta se atreven á venir á besar al hechicero. Me han obligado á aceptar tambien vino y de vez en cuando pan blanco y queso; pero todo esto no me sirve sino para hacer finezas á algunos ancianos que vienen á manifestarme las necesidades de la aldea y á encargarme que se lo participe á los del castillo.

Ya veis que estos honores no me trastornan la cabeza, y aun puedo decir que cuando haya hecho lo que tengo que hacer, dejaré los cuidados y sin sabores de la grandeza y volveré á la vida de filósofo y tal vez á la torre de Gazeau, ¿quién sabe?

Llegábamos al fin de nuestro camino. Al poner el pié en las gradas del castillo junté las manos, y sobrecogido de un sentimiento religioso, invoqué al cielo con una especie de terror. No sé qué vago temor se despertó en mí; me imaginé cuanto podía impedirme ser feliz, y vacilé en traspasar el umbral de la puerta; pero al fin me lancé dentro, turbada mi vista y zumbándome los oidos.

Encontré á San Juan, que no conociéndome, dió un grito y se puso delante de mí para impedirme que entrase sin ser anunciado; lo empujé fuera del paso y

cayó consternado sobre una silla en la antesala, en tanto que yo me disponía á entrar en el salón con impetuosidad. Pero en el momento de empujar la mampara bruscamente, me detuve sobrecojido de un nuevo temor y abrí tan tímidamente que Edmunda ocupada en bordar, no alzó la vista, creyendo reconocer en este ligero ruido, la manera respetuosa de San Juan. El caballero dormía y no se despertó. Este anciano, alto y delgado como todos los Mauprat, estaba encorvado, y su rostro pálido y lleno de arrugas al cual la insensibilidad del sepulcro parecía haber ya envuelto, se asemejaba á una de las figuras angulares, de madera esculpidas, que adornaban el respaldo de su gran sillón.

Tenia los pies estirados delante de un monton de sarmientos encendidos en la chimenea, á pesar de que calentaba el sol, y de que un claro rayo daba en su cabeza blanca y la hacia brillar como si fuera de plata. ¿Cómo os pintaré la sensacion que experimenté al ver la actitud de Edmunda? Estaba inclinada sobre su bordado, y de vez en cuando alzaba los ojos para mirar á su padre y examinar los menores movimientos de su sueño; pero, ¡cuánta paciencia y resignacion en todo su ser! Edmunda no tenia afición á los trabajos de aguja; su caracter era demasiado sério para que diese importancia al efecto de un color al lado de otro, y á la regularidad de una puntada apretada contra otra. Tenía además la sangre impetuosa, y cuan-

do el trabajo intelectual no absorbia su espíritu, necesitaba hacer ejercicio y respirar el aire libre

Pero desde que su padre, presa de los achaques de la vejez, no abandonaba casi nunca su sillón, ella tampoco abandonaba un solo instante á su padre, y no pudiendo siempre leer y vivir para el espíritu, se había resignado á la necesidad de adoptar estas ocupaciones femeninas que eran, según ella, las distracciones del cautiverio. Había, pues, vencido su carácter de una manera heróica. En una de esas luchas oscuras que se verifican frecuentemente á nuestros ojos, sin que sospechemos siquiera su mérito, Edmunda había hecho más que dominar su carácter, pues había cambiado hasta en la circulación de su sangre. La encontré flaca, y su tez había perdido esa primera flor de la juventud, que es como el fresco vapor que el aliento de la mañana deposita sobre las frutas, y que se cae al menor choque exterior, aunque el ardor del sol lo haya respetado. Pero en aquella palidez precoz y en aquella delgadez enfermiza había cierto encanto indefinible; su mirada más hundida y siempre impenetrable, tenía menos esquivez y más melancolía que en otro tiempo; su boca más movible tenía la sonrisa mas fina y menos desdeñosa. Cuando me habló, me pareció ver dos personas en ella, la antigua y la nueva; y en lugar de haber perdido de su hermosura, hallé que habia completado el ideal de la perfección. Sin embargo, oi decir entonces

á muchas personas que había *variado mucho*, lo que, según ellas, quería decir que había perdido mucho

Pero la hermosura es como un templo del cual los profanos no ven más que las riquezas exteriores. El divino misterio del pensamiento del artista no se revela si no á las grandes simpatías, y el menor detalle de la obra sublime encierra una inspiración que se escapa á la inteligencia del vulgo. Creo que uno de vuestros modernos escritores ha dicho esto en otros términos, y mucho mejor. Por lo que hace á mí, jamás he hallado á Edmunda en ningún momento de su vida más hermosa que en otros; hasta en las horas de dolor, en que parece borrarse la hermosura en el sentido material, la suya se divinizaba á mis ojos, y me revelaba otra hermosura moral cuyo reflejo iluminaba su rostro.

Por lo demás, si yo hubiese sido pintor no habria podido reproducir más que un solo tipo, aquel de que mi alma estaba llena; porque una sola mujer me ha parecido hermosa en el discurso de mi larga vida: esta mujer fué Edmunda.

Por algunos instantes permanecí contemplándola, pálida é interesante; triste pero tranquila, imágen viva del amor filial, de la fuerza encadenada por el cariño; en seguida me lancé y caí á sus pies sin poder articular una palabra Ella no lanzó un grito, sino una exclamación; pero ciñó mi cabeza con sus dos brazos, y la tuvo largo tiempo estrechada contra su pe-

cho. En este fuerte abrazo, en esta alegría muda, reconocí la sangre de mi raza, reconocí á mi hermana.

El buen caballero despertó sobresaltado, y fijando la vista, con el codo apoyado sobre su rodilla y plegando el cuerpo hacia adelante, nos miraba diciendo: ¿Qué es eso? ¿qué hay? No podía ver mi rostro oculto en el seno de Edmunda: esta me empujó hacia él, y entonces me estrechó en sus débiles brazos con un arranque de ternura generosa que por un instante le volvió el vigor de la juventud.

Podeis muy bien imaginaros la multitud de preguntas con que me abrumarían padre é hija, y los tiernos cuidados que me prodigarían. Edmunda fué para mí una verdadera madre. Aquella bondad expansiva y confiada tenía tanta santidad, que durante todo aquel dia no tuve á su lado otros pensamientos que los que hubiera tenido, si hubiera sido realmente su hijo. Causóme una gran satisfacción el cuidado que pusieron para atenuar el efecto de la sorpresa que mi regreso causaría al abate, por que en esto ví una prueba del gozo que iba á experimentar al verme.

Hicieron que me ocultase debajo del bastidor de Edmunda y me taparon muy bien con un gran pedazo de tafetan verde, que era el que servía para cubrir la labor de Edmunda. El abate se sentó muy cerca de mí, y le hice dar un grito cogiéndole las piernas, broma que había acostumbrado á usar con él otras

veces, y cuando salí de mi escondite, derribando bruscamente el bastidor y echando á rodar todos los ovillos de estambre por el suelo, ví en su semblante una expresión de alegría y de terror muy rara é indefinible.

Pero no quiero molestaros más con la narración de todas estas escenas de familia, á que mi memoria se transporta, á pesar mio, con demasiada complacencia.

IV

Un inmenso cambio se había verificado en mí en el transcurso de seis años. Era un hombre poco más ó menos semejante á los demás; los instintos habían llegado casi á equilibrarse con los efectos, y las impresiones con el raciocinio. Esta educación social se había hecho naturalmente, pues yo no había tenido que hacer más que aceptar las lecciones de la experiencia y los consejos de la amistad. Faltábame mucho para ser un hombre instruído, pero había logrado llegar á un estado en que podía adquirir rápidamente una instrucción sólida. Tenía sobre todas las cosas nociones tan claras como podían tenerse en mi tiempo. Sé que desde aquella época la ciencia ha hecho progresos positivos; los he seguido desde lejos, y jamás he pensado en negarlos. Pero como no veo á todos los hombres de mi edad mostrarse tan racio-